

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,05
Idem atrasado.....	0,10

Pago adelantado.

CRISIS

El Gobierno que preside el Sr. Moret ha dimitido. Pero ha vuelto a quedarse como estaba. Esto será poco serio, pero es un hecho. ¿Si dimites, por qué se queda? ¿Y si iba a quedar otra vez, para qué dimitir? Ha dimitido porque es un Gobierno que no ha servido para nada útil y no se le admite la dimisión porque no hay con quien sustituirle. Los conservadores no podían venir, porque los Diputados no están dispuestos a gastar un capital en las elecciones. Dentro de la política liberal, cualquier cambio, hubiera sido un fracaso horrible. De modo que en España, hoy por hoy, estamos condenados a no tener buenos gobiernos. La política liberal ha fracasado en toda la línea. El estado del país y de los mismos partidos liberales lo están diciendo a voces.

Unanimo en librepensador y Costa en republicano. Lo han dicho bien claro.

La política española es una farsa, en ella todo es convencional y no hay nada verdad.

Lo notable del caso es que la Iglesia viene predicando contra el liberalismo desde el nacimiento de esas malhadadas doctrinas, y los pueblos no quieren convencerse de que lleva razón, ni ante los hechos.

¿Dónde está la verdad? Dice Unanimo. ¿Dónde? Preguntó Costa.

Veinte siglos hace que los sabios del Arcéopago hacían esa pregunta, y San Pablo, en nombre de la Iglesia, les enseñó la verdad; la hicieron los pueblos, y guiados por sus bellos resplandores, llegaron al grado de civilización que hoy disfrutamos.

Los modernos anarquistas buscan también la verdad, y otros Pablos, en nombre de la Iglesia, se la han enseñado. El Romano Pontífice en sus Encíclicas, los escritores y Predicadores católicos en todas partes; los Sres. Obispos en el Senado; Mella y Nocedal en el Congreso han hecho oír la voz de la verdad. Sólo los católicos han enseñado el buen camino; sólo ellos saben el medio de remediar tantas desdichas, porque sólo ellos conocen el camino de la gloria, al que se va por la fe Católica y el sacrificio individual.

La mies es mucha, los operarios pocos. Aumentemos su número. Los católicos tenemos la obligación de llevar al Parlamento Diputados Católicos. Esto nos exigirá algún sacrificio, pero es preciso hacerlo. Unamos nuestras fuerzas, que son muchas. Revisemos el censo, vayamos al sufragio y salvemos la patria.

LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

EL MUNDO ROMANO: SU TRANSFORMACIÓN

I. La Iglesia y el trabajo.

En toda la antigüedad se consideró el trabajo como vil y degradante; la Iglesia lo rehabilitó. Desde luego recordó esta obligación: «Comerás el pan con el sudor de tu frente»; esa es la ley que impuso Dios a la descendencia de Adán. Nadie puede sustraerse a ella, ni el rico ni el pobre. Sin duda, el trabajo manual, no es el sólo que ha de llenar la vida del hombre; la humanidad necesita de administradores, de sabios, de artistas, de sacerdocio que mantenga vivas sus relaciones con Dios. Pero los ociosos viven fuera de las leyes de la naturaleza. San Pablo se los recuerda: «El que no trabaja no es digno de comer». Si el deber de trabajar se llenara por todos, la cuestión social presto se vería resuelta; dejarían de reinar la ociosidad y el lujo que excitaban la envidia de los trabajadores y los pobres.

La Iglesia, no sólo ha dado vigor a la ley del trabajo, sino que ha mostrado su dignidad y su grandeza. Su fundador Jesucristo quiso

nacer en casa de un carpintero y ser carpintero para subvenir a sus necesidades. Sus Apóstoles y sus discípulos dan asimismo ejemplo de trabajo. San Pablo recuerda a los Efesios, a los Corintios y a los Tesalonicenses el que él les dio. Les enseñó sus manos callosas diciéndoles como ellas han servido para satisfacer sus necesidades y atender a las de sus compañeros, y testimoniando que él no ha comido pan de otro, sino el ganado con sus sudores y fatigas de día y de noche. A fin de no ser gravoso a nadie.

La situación ha cambiado: el desprecio ya no es como en los tiempos del paganismo, para los que trabajan y peoran; es para los ociosos que viven como parásitos sin contribuir con su trabajo a acrecentar el patrimonio de la humanidad.

Los primeros cristianos se dedicaban al trabajo, a ejemplo de nuestro Señor y de sus Apóstoles. Los más generosos de entre los convertidos de las familias más nobles de Roma y Constantinopla, abandonaban la vida ociosa de las ciudades para marchar a los desiertos de la Tebaida, de Palestina y de Siria a ganar con sus manos su subsistencia y la de los pobres.

Los Doctores de la Iglesia recuerdan, a los cristianos de su tiempo, la ley del trabajo y su dignidad. «Nosotros, dice San Juan Crisóstomo, somos los discípulos del que se crió en la casa de un carpintero y se dignó tener por Madre a la mujer de un artesano. Cuando veáis a un hombre que trabaja la madera ó que forja el hierro, no lo despreciéis. Pedro ha tirado la red después de la Resurrección del Salvador.» Y la gran Orden de San Benito ha venido a consunar la rehabilitación del trabajo manual a los ojos del mundo cristiano. Michelet mismo le rinde este testimonio: «La Orden de San Benito, dice, da al mundo antiguo, gastado por la esclavitud, el primer ejemplo de trabajo realizado por manos libres. Por primera vez el ciudadano, humillado por la rutina de la ciudad, baja sus ojos a esta tierra que había despreciado. Se acuerda del trabajo ordenado en el principio del mundo en la sentencia de Adán. Esta innovación del trabajo libre y voluntario será la base de la existencia moderna.»

No hay duda, la Iglesia es la que ha rehabilitado el trabajo.

ARMONÍA

¿No habéis visto al nacer de la aurora con sus tintas de énfido azul, cómo ríe el paisaje que dora prestándole esfluvios de vida y de luz?

¿Cómo luce gentil primavera de las flores la casta belidad, prodigando doquier placentera torrentes de vida de amor y de paz?

Pues la infancia del hombre y sus sueños su dorada y feliz juventud, tienen días que son más risueños, que encierran más vida, que muestran más luz.

¿No admiráis como yo el mediodía cuando brillan los rayos del sol; cuando el suelo en feraz lozanía nos muestra tesoros que cantan a Dios?

¿Cuando cubren las mieses la vega bajo el rayo de un sol estival; que riqueza de vida despliega el sol del verano de ardor sin igual!

Pues el pecho de un joven ardiente que a mitad de su vida llegó, más riqueza despliega valiente que los mediodías y el rayo del sol.

Y si es triste el invierno nevado cuando al soplo del fiero huracán las bellezas que puso el Eterno

en días más bellos muriéndose van.
¿Qué diréis cuando el soplo de hielo de los años de triste vejez arrebatan al hombre en el suelo la bella esperanza de todo placer?
Así veo con bella armonía los placeres y llantos pasar; pero sé que al marchar la alegría la del tiempo vuelve, la mía jamás.

J. Bermejo.

LA JUVENTUD

Un distinguido escritor ha puesto el dedo de la crítica en la terrible llaga de nuestra juventud.

¡Ah! nuestros jóvenes ¡qué sarcasmo! En España no hay «juventud» ni quien tal pensó. Yo protesto en nombre de la vida, de esa turba de majaderos, ridículos maniqués de la mola y esclavos del servilismo, que pasean su dorada truhanería por garritos y birdeles, dejando tras de sí un vaho de vicio.

Esos no son la alegre primavera de la vida, que dijo Voltaire: esos son los modernos sepulcros blanqueados de la parábola bíblica que pasean su dorada miseria por el corrompido ambiente en que se agitan.

Los veáis en la mesa de café babeando impotencias y escupiendo injurias sobre los que se destacan; haciendo giros de la honra ajena por carcer de la propia, y a falta de otra mas amena é ingeniosa distracción, haciendo chistes del género ínfimo ó canturreando tangos, amén de celebrar las agudezas de un cronista local y saborear las estrofas de un Grilo de guarlarropía, ó relatar las hazas del «Cauro chico».

Esa es nuestra menguada juventud y así vive.

....¿Ideal?... No los conoce, no los tiene, no los ama. El supremo ideal de nuestros chicos es peinarse la rizada cabellera; vacía por dentro, pulida por fuera; cantarrear la canción de moda y celebrar los últimos chistes del teatro por horas.

Los más intelectuales suelen abreviar en esa dorada Biblia de la cursilería en el *Blanco y Negro*. Y conocen todos los poetas chirlés contemporáneos; y rien las ingeniosas elucubraciones de Pérez Zúñiga, y recitan de memoria a López Silva.

Así son, y así seguirán siendo mientras una mano piadosa no levante la talla de la crítica y un pie vigoroso les de el último impulso.

¿Crear Bibliotecas? ¿Para qué? Es axiomático que primero se crea la necesidad y después surge el órgano. Aquí nadie siente la necesidad de instruirse.

Y no es esto lo peor; esa turba degenerada y corrompida, es la futura esperanza de la patria; son los hombres del mañana y sus manos pedadoras tejerán los destinos de nuestro pueblo.

Y así, en este lento rodar por la áspera pendiente de la decadencia, llegaremos a darnos las manos con nuestros hermanos de Turquía y Marruecos, si ellos nos conceden tal honor.

¡Pobre juventud y pobre España!

A. C.

DINAMITA

(Modo fácil de prepararla.)

Busca, lector, un trasto muy bien vacío de toda otra sustancia que de hambre y frío. (Y sabe que es más útil el tal cacharro, fabricado en Holgauza ó en Despilfarro.) Ponle mucho y muy fuerte

liberalismo, y en él, deshecho en polvo, catolicismo. Después, y no lo olvides, mezcla todo eso con jarabe de ciencia, luz y progreso. Luego, al calor del vicio, pon la marmita, y obtendrás al instante la dinamita.

Nota.—Los ingredientes, trasto y adjuntos, pide á la droguería de los Tres Puntos.

Justa reprobación.

El Boletín Eclesiástico correspondiente al 20 de Marzo de 1906, ha publicado la más completa condenación y reprobación hecha por el Papa de la ley de la República francesa separando la Iglesia del Estado. Copiaremos literalmente las palabras del Romano Pontífice, en las que se contiene la condenación, que así dicen: En virtud de la suprema Autoridad que como Vicario de Cristo ejercemos, la condenamos y reprobamos (la ley de separación), por injuriosa a Dios, óptimo y maximo, contraria á la divina constitución de la Iglesia, favorecedora del cisma, hostil á Nuestra Autoridad y á la de los legítimos Pastores, expoliadora de los bienes de la Iglesia, conculcadora del derecho de gentes, enemiga de la Silla Apostólica y á Nos mismo, funestísima para los Obispos, el Clero y el pueblo de Francia. Y decimos y declaramos que jamás, ni en ningún caso, tendrá esta ley valor alguno contra los imprescriptibles derechos de la Iglesia.

El Papa ha hablado, su reprobación ha sido clara, terminante; sus palabras no dejan lugar a dudas, la ley francesa es contraria á los derechos de Dios, á la constitución de la Iglesia, tiende a la separación mas absoluta del Estado y la Iglesia, sin respetar ningún género de derechos.

¿No son los gobernantes de la Nación vieja los porteaunders de la libertad? ¿No son los que quieren difundirla por todos los ambitos del mundo? ¿No son los que se creen los redentores de la humanidad? ¿Por qué llegan en su manía persecutoria hasta la promulgación de una ley que tantos anatemas merece de la Iglesia?

El Papa habla cuando debe hablar, y lo hace según exigen las circunstancias.

La ley francesa de separación de la Iglesia y el Estado, no es una ley circunstancial que puede ser buena ó mala, según las circunstancias que la rodean; la ley francesa es conculcadora de los derechos divinos, de los que pertenecen a la Iglesia y a su Supremo Jefe el Romano Pontífice; pisotea el derecho de propiedad; reduce a los Sacerdotes al mutismo, y el Estado se convierte en legislador absoluto y único en la Iglesia. El Papa no podía callar y su palabra augusta se ha hecho oír en todos los confines del mundo. La ley francesa debe ser anatemizada por todos los católicos, y es un baldón de ignominia para unos legisladores que, no conociendo límites para los delirios más monstruosos que los hombres quieran inventar, se complacen en atormentar a la Iglesia de Cristo, propagadora y depositaria de la verdad.

La ley es atea. Los hombres que la han dictado riesgan de las tradiciones de un pueblo. Y aquel pueblo primogénito de la Iglesia, y que sus glorias están tan enlazadas con las de la Iglesia, renuncia a su historia, y a la faz de todos los pueblos escribe estas oprimentes palabras: La República no reconoce... ningún culto. Los republicanos franceses debieran cubrirse el rostro con cenera para que no se divisara la imagen de Dios que ha sido impresa en su semblante por la misma mano de Dios. Pero Dios, dice el Papa en su Alocución del 21 de